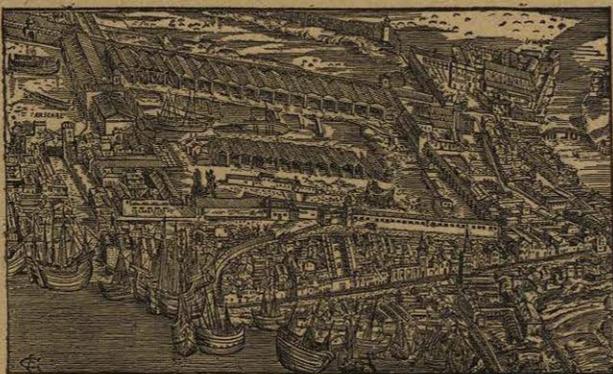


de los eclesiásticos. Cuando las tropas pontificias, mandadas por el príncipe de Orange, se presentaron ante la ciudad, gritaron: «Florenia, prepara tus brocados de oro, porque venimos á medirlos con nuestras picas.» La plebe y los frailes eran exaltados patriotas. El burgués Nicolás Ferruccio, después de confortar los ánimos, hizo una afortunada salida por la parte de Pistoia y obligó á Orange á librar un combate, en el que pereció el príncipe, y Ferruccio fué hecho prisionero y asesinado inmediatamente. El hambre diezmo á Florenia, que acababa de salir de la gran peste descrita por Maquiavelo. Dentro de la ciudad, los Médicis con su degeneración, los exaltados con sus extravagancias y Malatesta con su traición secreta, precipitaron la caída de la República. Después de once meses de sitio fué necesario capitular (1529).

Alejandro de Médicis regresó

á Florenia y empezó por proscribir á los Strozzi y á todos sus adversarios. De acuerdo con el papa, borró los últimos vestigios del régimen municipal y la distinción de las artes; todos los ciudadanos fueron iguales ante el látigo de aquel tirano, vasallo del Imperio. Carlos V erigió á Toscana en ducado. Alejandro se rodeó de espías y sicarios, prodigó al populacho las fiestas crapulosas, mandó apalea á los nobles, confiscó los bienes de los desterrados y aterró á Italia con sus orgías. Durante la noche recorría las calles, disfrazado y en compañía de su sobrino Lorencino de Médicis. Éste atrajo un día al duque á su propia casa, y ayudado después por un cómplice, le degolló, y cerrando la puerta con llave huyó á Venecia, y desde allí á Francia y Turquía, creyéndose un nuevo Bruto. Más tarde volvió á Venecia, donde le aguardaban los asesinos pagados por Cosme I.



El arsenal de Venecia. (Fragmento de la vista general de Venecia, grabada por Jacobo de Barbari, de 1498 á 1501)

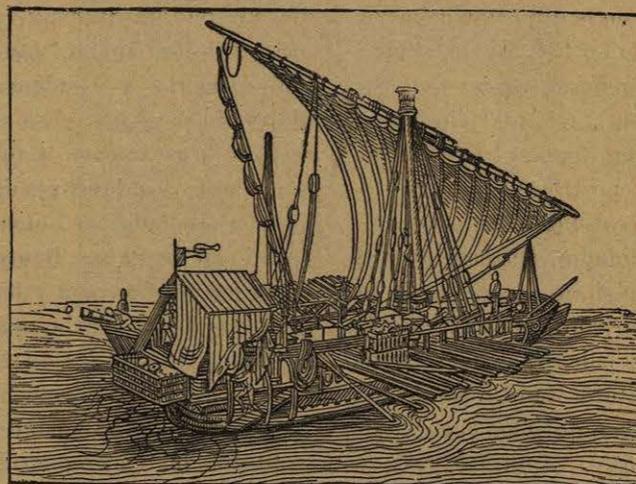
Auxiliado por el emperador y por Guichardin, Cosme, hijo de Juan el de las *Compañías negras*, usurpó la herencia del hijo de Alejandro. Muy joven aun, había vivido lejos de la corte, ocupado en pescar y cazar. Apenas investido del poder, fué atacado por el vértigo que desde hacía un siglo trastornaba á todos los príncipes italianos. Apoderóse del monopolio del comercio florentino. Los desterrados, á quienes el crimen de Lorencino había devuelto la esperanza, fueron presos cerca de Pistoia y conducidos ante el duque, cuya clemencia invocaron inútilmente, pues se les atormentó y decapitó de cuatro en cuatro, durante

varias mañanas consecutivas. Al cabo de algunos días se amotinó el pueblo y Cosme mandó recluir en sus fortalezas á los últimos supervivientes, que presto murieron á manos del verdugo; entre ellos figuraba un hijo de Maquiavelo.

Luego, el duque proscribió ó persiguió á los mismos que le habían elevado, como Francisco Vettori y el cardenal Cibo. Pacificó á Pistoia con tribunales marciales y mandó matar en Arezzo á los últimos republicanos. Por fin abandonó á Carlos las ciudades de Florenia, Liorna y Pisa, es decir, las llaves de Toscana.

PABLO III. ENSAYO DE RENOVACIÓN RELIGIOSA.—Pablo III Farnesio (1534-1549) regeneró á la Iglesia romana del humillante estado en que la había postrado Clemente VII. Este papa, de espíritu elegante y liberal, renunció á la política militante de sus antecesores, esforzándose por representar, entre Francisco I y Carlos V, el papel de mediador, y por atajar, de acuerdo con Venecia y el Imperio, el amenazador avance de los turcos hacia Europa. Al mismo tiempo, solucionó sus asuntos de familia, dando Camerino á su sobrino Octavio, y Novara, Par-

ma y Piacenza á su hijo Pedro Luis. Ambicionaba para Octavio, esposo de Margarita, hija natural del emperador, la investidura del Milanesado. Unas veces se aproximó á Carlos V, otras á Francia, Venecia y Suiza. Hasta soñó aliarse con el Gran Turco, para apoderarse de Nápoles. Pero nunca fué suficientemente resuelto para firmar un tratado formal con alguna de aquellas potencias. Así pasó el tiempo de su pontificado, siendo sospechoso para todos, pero respetado por su nobleza de alma. Su hijo Pedro Luis, cuya monstruosa depravación horrorizó á su siglo, murió apuñalado el año 1547, en Piacenza. El papa quiso entonces que Parma y Piacenza volvieran á depender directamente de la Santa Sede, pero sus sobrinos no accedieron á tales deseos. Pablo III, enfurecido por aquella oposición, y á con-



Galera veneciana. (De un manuscrito del siglo XV)

secuencia de una violenta escena con el cardenal Farnesio, murió de despecho á los ochenta y dos años de edad (Noviembre de 1549).

Había acometido una generosa empresa para la salvación de la Iglesia y la paz de la cristiandad. En 1545 inauguró el concilio de Trento, á cuya convocatoria precedieron laboriosas tentativas de reconciliación entre Roma y los protestantes. Pablo III se rodeó de los cardenales y obispos más ilustrados y respetados, como el veneciano Contarini, Caraffa, Sadolet, Morone, Polo, Giberti y Fregoso. Varios de estos prelados habían formado en la corte de León X una sociedad eminentemente libre, donde la doctrina agustiniana de la fe y de la gracia se antepone á la religión absolutamente eclesiástica de las obras. Aquellos purpurados eran los mediadores más aptos para obtener la

unión de las dos comuniones. Especialmente Contarini se había significado por su hostilidad contra los abusos de la Iglesia pontificia y contra la supremacía del papa en las cosas de la conciencia. «La ley de Cristo—escribió—es una ley de libertad y prohíbe una servidumbre que los luteranos comparan muy acertadamente con el cautiverio de Babilonia.»

En 1536, Pablo III envió á Morone con instrucciones para intentar la conciliación por la tolerancia. En 1541, en el coloquio de Ratisbona se creyó en la posibilidad de un

acuerdo. El legado del papa era Contarini, y los teólogos católicos elegidos por el emperador eran los más moderados de la Iglesia alemana: Bucer y Melancthon representaban á los protestantes. Contarini suscribió la justificación por la fe sola;

pero en Roma la concesión pareció excesiva. Por su parte, Lutero no creyó en la sinceridad de Contarini. Francisco I, temiendo la reconciliación de Alemania con la Iglesia, procuró por todos los medios que fracasara el intento.

Entonces se reunió el concilio bajo los auspicios del papa y el emperador. Los debates empezaron por la tesis de la justificación; pero este dogma, piedra angular del protestantismo, afectaba demasiado intensamente á las condiciones temporales y seculares de la Iglesia para que pudiera resolverse en un sentido favorable á los deseos de los reformistas. En vano Seripando, general de los agustinos, buscó un término medio de conciliación entre la fe y las obras; las sutilezas de su teología se estrellaron contra la tenacidad con que el cardenal Caraffa, sostenido por los jesuitas Salmerón y Láinez,

impugnó, según la doctrina de Loyola, toda innovación en materia dogmática. Desalentados los moderados, se retiraron del concilio, el cual, perturbado por la política, se dividió pronto en dos asambleas: una, más favorable al emperador, permaneció en Trento; la otra, adicta á la Santa Sede, se retiró á Bolonia (1546).

La Iglesia reconcentróse entonces en sí misma, buscando nuevas energías en dos grandes instituciones religiosas: hemos nombrado la Compañía de Jesús y la Inquisición. En 1540, Pablo III había aprobado la regla de San Ignacio. La vieja Inquisición monástica, á cargo de la dirección de las órdenes, fué sustituida en 1542 por el tribunal de la Inquisición general (copia de la Inquisición de España), tribunal sin apelación, que radicaba en Roma, y cuyo Consejo Supremo hallábase constituido por seis cardenales. Todos los católicos, sin excepción de personas ni dignidades, pertenecían á los inquisidores, que podían encarcelar á los sospechosos, castigar con pena capital á los cristianos reputados como herejes, y confiscar sus bienes. Caraffa fué el primero y acaso el más terrible inquisidor general.

JULIO III (1550-1555).—Julio III, gran señor voluptuoso é indolente, dócil á las imposiciones de Carlos V, ordenó á los Padres del concilio de Bolonia que se reunieran de nuevo en Trento. Durante la prolongada lucha entre Francia y el Imperio, este pontífice estuvo siempre bajo la protección del poderío imperial. De temperamento exquisitamente artístico, encargó á Miguel Ángel su *Juicio final*. Vivía plácidamente en su quinta de *Papa Giulio*, á extramuros de la puerta del Popolo, sazonzando sus festines con agudezas harto libres é interesándose sobre todo por la salud de un joven domesticador de monos encontrado en las calles de Parma, y al cual hizo su favorito, nombrándole cardenal al día siguiente de su consagración. Murió en 1555, siendo sustituido por Marcelo II, austero sacerdote, que sólo reinó veinte días. El 23 de Mayo de aquel mismo año, el inquisidor Caraffa ceñía sobre su cabeza la tiara pontificia.

PABLO IV (1555-1559).—Tenía setenta y nueve años. Era un napolitano de pasiones

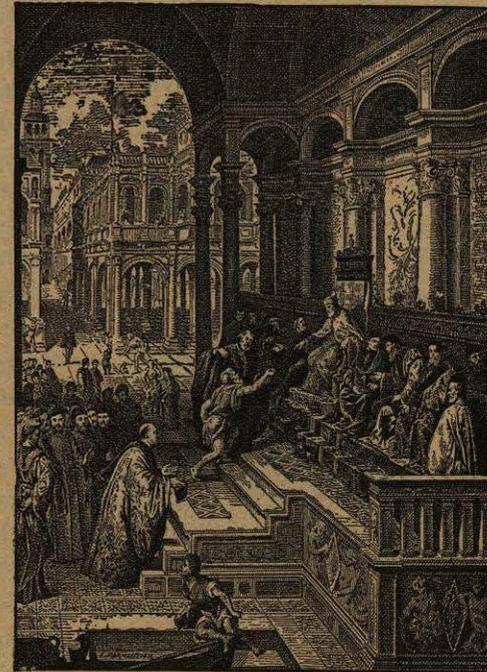
violentas, ferozmente fanático, de carácter altivo é irreductible adversario del concilio, que nunca reunió. «Juramos—dice en la bula de su exaltación—, procurar con el mayor celo que se lleve á cabo la reforma de la Iglesia y de la corte romana.» Á tal propósito instituyó una congregación de veinticuatro cardenales, cuarenta y cinco prelados y ciento cincuenta doctores. Desgraciadamente para la paz de Italia, Pablo IV odiaba á los españoles todavía más que á los luteranos y á los malos católicos. Aquel asceta, insaciable glotón y gran bebedor de *mangiaguerra*, terrible vino negro del Vesubio, insultaba á voz en grito en la mesa á los españoles, llamándoles herejes, judíos, moros y condenados. Creyéndose destinado por Dios para redimir á Italia, resucitó bruscamente la turbulenta política que, desde los desastres de Clemente VII, parecía olvidada por Roma. Carlos V, amenazado en los Países Bajos, abandonado en Italia por los Gonzaga y los Este, enfermo y asqueado de la gloria, acababa de abdicar en Felipe II la corona de España. El cardenal Carlos Caraffa, sobrino del papa, una especie de perverso bandolero que, según confesión del mismo pontífice, «tenía el brazo teñido en sangre hasta el codo», marchó á Francia para invitar á Enrique II á una alianza. Decidió á los Guisa, á Montmorency y á Catalina de Médicis, y luego ganó al duque de Ferrara. Pablo IV, creyéndose dueño de la situación, excomulgó al emperador y al rey de España; y contando con el ejército del duque de Guisa, reprodujo imprudentemente las guerras de Italia. El duque de Alba avanzó desde Nápoles hasta los muros de Roma, que temió que se repitieran los horrores de 1527. Después volvió á presentarse en 1557 ante la Ciudad Eterna. La batalla de San Quintín obligó á Guisa á pasar de nuevo los montes, y Pablo IV, sin ejército y asustado por la actitud hostil de los romanos, capituló. El duque de Alba entró en Roma y besó la sandalia del papa, quien desde entonces llamó «amigo» á Felipe II. «Un amigo—dijo en cierta ocasión— que me tuvo sitiado y quiso perder mi alma.» Entonces tornó á ser el gran inquisidor del mundo católico, y afrontó valientemente la

empresa reformista, empezando por su propia familia. «Padre santo—le había dicho un cardenal en pleno consistorio—, debemos comenzar por reformarnos á nosotros mismos.» Sucesivamente averiguó las infamias de la vida de Carlos y de su hermano Juan, duque de Paliano, á los cuales desterró en compañía de sus familiares, despojándoles además de sus dignidades y bienes. Después persiguió los abusos, el tráfico de misas, á los frailes exclaustrados, y prohibió en absoluto las dispensas para los matrimonios y todas las garantías simoníacas de los clérigos. Quiso restituir á los obispos los derechos diocesanos que les habían quitado los papas anteriores. Aumentó las prerrogativas de la Inquisición y permitió al Santo Oficio aplicar el tormento para descubrir á los cómplices. Encarceló á los cardenales Morone y Foscherari, que parecían poco adictos á los jesuitas. Predicaba y obligó á predicar á todos los prelados en las igle-

sias de Roma. Aquel celo apostólico agotó presto sus últimas fuerzas, y murió, en breves días, el 18 de Agosto de 1559.

El pueblo y los nobles execraron la memoria del príncipe que había intentado reanudar la tradición militante de Alejandro VI y León X, en una Italia arruinada por cincuenta años de atroces guerras y ya resignada á la servidumbre. Las turbas destruyeron sus estatuas y escudos é incendiaron el palacio de la Inquisición. Á su vez, la Iglesia se levantó contra los Caraffa, acabando para siempre con aquella terrible forma de nepotismo, á la cual debió Italia los Riazos, los Rovere, César Borgia, Alejandro de Médicis y Pedro Luis Farnesio. Juan, duque de Paliano, había hecho asesinar,

con la complicidad de su hermano el cardenal, en un castillo de la campiña romana, á la joven duquesa convicta de adulterio. Ambos malvados fueron reclusos en Santángelo, juzgados por toda su vida pública y privada, y condenados á muerte por Pío IV, que les debía su elección. Se decapitó á Juan, y el cardenal Caraffa fué estrangulado al estilo español, sentado en una silla, en una sala del castillo.



El doge y el Consejo de los Diez. (Cuadro de Bordona, en la Academia de Bellas Artes de Venecia, representando á un pescador que ofrece al doge el anillo de San Marcos)

III.—Las costumbres y las letras

LAS COSTUMBRES.—Las costumbres de la sociedad italiana reproducían fielmente la imagen de la vida de los príncipes. Fueron elegantes, corrompidas y violentas. El ejemplo de los grandes *virtuosos* políticos produjo todos sus frutos. Á la *virtu* corresponde el *onore*, que no es el honor, en la moderna acepción de la palabra, sino el arte de que un hombre de ingenio lleve á cabo una acción difícil, provechosa para sus intereses,

sin escrúpulo alguno de humanidad ó moralidad. Es la *virtu* trasladada de la vida pública á la privada. No obstante, un exquisito sentido de la belleza y de la gracia, sostenido por la contemplación de las obras de arte, daba á las costumbres una flexibilidad y una nobleza de que ellas carecían en el resto de Europa. El *Cortesano* de Baltasar Castiglione es un código completo de buena educación mundana. Toda manifestación exterior del poderío de los príncipes finaba con alguna fiesta magnífica, con cabalgatas, torneos, juegos alegóricos, procesiones, entradas solemnes en las ciudades, representaciones teatrales con bailes y conciertos, recitados poéticos, etc. Hasta entre los artesanos, en la intimidad del taller, el placer revestía

una forma elegante, una distinción de arte. Cierta cena de Benvenuto Cellini, de sus amigos y de sus amantes en una humilde estancia adornada con ramas de jazmín, recuerda por las ingeniosas pláticas que la sazonaron el *Banquete* de Platón.

Pero aquellas costumbres, que sedujeron á los compañeros de Carlos VIII, de Luis XII y de Francisco I, revelaban una profunda degeneración. En este orden, la literatura muéstranos hasta qué punto había desaparecido el cristianismo de las almas italianas. Y nótese que no es la corrupción de la mayoría lo que más nos sorprende, porque importa no olvidar que Dante había precipi-

tado ya en los más siniestros antros de su Infierno á mucha gente de su tiempo y hasta á hombres «de gran espíritu». También hay que desconfiar de los violentos alegatos de Savonarola, así como de las punzantes ironías del Aretino. Lo que más llama la atención del historiador es el humorismo con que un escritor—por ejemplo, Maquiavelo en sus *Cartas familiares*—habla, como en burla, de las malas costumbres.

No cabe dudar que la opinión, lejos de mostrarse agraviada por ellas, las aceptaba riendo. Cualquier burgués florentino comprometido en una aventura desagradable, semejante á la del héroe de una de las mencionadas *Cartas*, podía citar, como modelos suyos, las cabezas más altas, en Roma como en Florencia.

Notemos, por último, la enorme influencia ejercida por las supersticiones paganas sobre aquellos espíritus tan libres y de religión tan acomodaticia. En el Renacimiento reaparecieron todas las quimeras de la antigüedad, rejuvenecidas por los humoristas, todos los terrores de la Edad Media, que tanto despreciaban. Maquiavelo creía en la influencia de los astros sobre el destino humano. Pablo III no abría un consistorio sin consultar á su astrólogo. La Señoría florentina interrogaba las estrellas antes de nombrar un condotiero. Concedíase excepcional importancia á los agüeros. Alejandro VI, viendo caer un buho en la plaza de San

Pedro, afirmó que moriría en breve. Se creía en los espíritus que bajaban de la luna á la tierra ó cabalgaban de noche por los aires, apareciéndose á los hombres y hablándoles. Los magos invocaban á los seres del otro mundo. Un sacerdote siciliano, que había trazado el círculo mágico quemando perfumes en la pista del Coliseo, enseñó á Cellini millares de diablos que brincaban por las ruinas del anfiteatro.

Ahora bien; el rasgo más saliente de aquellas costumbres, tan remotas de nosotros, es la violencia. También en este punto debemos señalar la complicidad de la opinión. Entonces nadie se sorprendía ni se indignaba por nada. El capellán Burchard cuenta fríamente los horrores que presenciaba, y el embajador Giustinian se los comunicaba á su gobierno con indulgente ironía. Más conmovió á Burchard el robo de su mula que la matanza de los Orsini. Cellini mostrábase orgulloso de las puñaladas que asestaba á traición. Él y toda su cuadrilla, terror de las ciudades donde vivían, se calificaban de «jóvenes virtuosos». Por aquel



El Aretino

entonces la sensibilidad estaba muy embotada en Italia y el espectáculo de la vida de los príncipes acababa de destruirla. Ferrara, la corte más civilizada de la Península, asistía á formidables tragedias de familia. El cardenal Hipólito de Este, rival en amores de su hermano Julio, mandó que en presencia suya le sacaran los ojos. Según el cardenal Caraffa, los frailes asesinaban, «no sólo con el veneno, sino también con el puñal y el arcabuz». Las crueldades de los encargados de administrar justicia contribuían también á la depravación. Al mismo tiempo, se ahorcaba y se quemaba á un condenado. Echábase en aceite hirviendo á los monederos falsos. Por falsificar un documento, primero se perforaba y después se cortaba la lengua, las manos, y luego, se machacaban los muñones entre dos poleas. Á un asesino se le cortaban las venas del cuello, se le abría el vientre y se le arrancaban las entrañas, exponiendo en cuatro lugares de la ciudad el cuerpo, dividido en otros tantos pedazos.

Á mediados del siglo XVI, cuando los progresos del protestantismo hicieron que la Biblia fuera cada vez más sospechosa para la Iglesia, la Santa Sede persiguió con inaudita saña á los judíos de Roma, acusados de explicar á los cristianos el espíritu del Antiguo Testamento. Entonces un papa condenó á la horca, «inmediatamente y sin apelación», á cualquiera que no siendo judío fuese sorprendido en el Ghetto ó en las cercanías del barrio maldito.

Restablecida la disciplina religiosa por la Inquisición y el concilio, las costumbres, sin mejorar visiblemente, se agravaron con la hipocresía. El horrible proceso de los Cenci, á fines del siglo, evidenció en una de las más ilustres familias de Roma la profunda perversidad, diestramente velada por una devoción aparente. Pero ya había desaparecido la elegancia espiritual del Renacimiento.

LAS LETRAS.—El retorno á las letras antiguas no falseó el genio nacional italiano. Su renacimiento literario fué latino mejor que griego: el helénismo, que después de Nicolás V se propagó desde Roma á Florencia y Venecia, no influyó en las formas del arte. La literatura griega, tan impersonal y desdenosa del detalle individual, no esclavizó á los escritores de un siglo en que el individualismo tuvo gran pujanza. Maquiavelo y Guicciardini se inspiraron en las crónicas oratorias de Tito Livio, y Salustio en las reflexiones morales de Tácito. En el teatro de León X se representaron obras de Plauto y Terencio. Las comedias de Maquiavelo y de Bibbiena reproducen los procedimientos dramáticos de los latinos, conservados, por otra parte, en la intriga y en las máscaras populares de la *Commedia dell'Arte*.

EL ARIOSTO.—El Ariosto representa brillantemente la fecundidad y la humorística fantasía que caracteriza á los dibujantes de aquella época. El *Orlando furioso* vino después de los poemas caballerescos de Pulci y de Boyardo, y es la obra maestra de la in-

ventiva heros-cómica. En este libro, á pesar de la prodigiosa variedad y el embrollo de las aventuras, el arte y el estilo del poeta exceden á su exuberante fantasía. Una copiosa parte del material poético del Ariosto procede de las novelas francesas de la Tabla Redonda, donde se naturalizaron en cierto modo los personajes del mundo carlovingio. El *Orlando enamorado*, de Boyardo, inició aquella transposición de las *canciones de gesta*, renovadas por los cuentos de amor. Mas en el Ariosto la imaginación posee una lozanía y una facilidad incomparables. Su extenso poema, escrito en octavas, con lenguaje castizo y sonoro, compuesto para ser declamado, recrea como una obra del Veronés ó del Tintoreto.

GUICCIARDINI Y MAQUIAVELO.—Comparado con Maquiavelo, Guicciardini (1482-1540) parece un historiador de segundo orden, constantemente retórico y capaz, por pasión, de mixtificar la verdad. Él propagó la fábula de la muerte fulminante de Alejandro VI.

Maquiavelo (Nicolo Machiavelli, 1469-1527) es á la vez el primer prosista y el filósofo político más sesudo de Italia. El prejuicio de la posteridad le ha culpado de toda la inmoralidad de su siglo. No se ha querido reconocer en *El Príncipe* la simple descripción experimental de la política del principado. Se ha fustigado con el nombre de *maquiavelismo* lo que no era una doctrina, sino una observación metódica. No obstante, sólo él supo entonces dar ejemplo de probidad diplomática. Había caído en desgracia, estaba arruinado por los Médicis y reducido á una extrema indigencia. Próximamente, en 1515, León X, obligado á elegir entre Francia, España y el Imperio un protector para la Santa Sede, y deseando equilibrar entre sí á las tres potencias, consultó á Maquiavelo por mediación de Vettori, embajador de Florencia en Roma. Las cartas cambiadas con tal motivo evidencian rotundamente que el pontífice no se proponía más que instituir una



Maquiavelo

política española y alemana contra Francia y Venecia. Maquiavelo, que en otro tiempo había excitado á Julio II contra Venecia, declaró, aleccionado por los acontecimientos, que la salvación del Papado se cifraba en la unión con el rey cristianísimo y la república de San Marcos. Consultado reiteradamente, siempre respondió lo mismo. Bastábale á Maquiavelo decir una palabra para recobrar la privanza y ser ministro de León X, pero se obstinó en condenar la política fracasada en Marignan, prefiriendo sacrificar su fortuna á rebajar su conciencia de hombre de Estado. Así consumíase en su granja de San Casciano, distrayéndose en jugar al chaquete con sus colonos y solazándose por la noche con los historiadores y poetas de Roma. Entonces compuso sus grandes obras *El Príncipe*, las *Historias florentinas*, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y el tratado del *Arte de la guerra*, su producción más patriótica, en cuyas páginas utilizando su experiencia de delegado de la guerra de Pisa y su conocimiento de los combates de la antigüedad, se esforzó en indicar á su ciudad las condiciones de un verdadero ejército nacional. Murió en 1527, en el período álgido de la peste de Florencia, cuya pintura trágica acababa de trazar algunas semanas después de la ruina de la Santa Sede, que había vaticinado.

CELLINI Y EL ARETINO.—Los dos son testigos bien edificantes de la decadencia de Italia. Las *Memorias* de Benvenuto Cellini integran, en su primera parte, una narración extraordinariamente sugestiva. Carecen de sentido moral; pero esta falta hállase compensada por el respeto á las cosas de arte y el instinto de la belleza. Nos describen la vida italiana, con sus estudios de artistas, palacios de cardenales, posadas de mala nota y peligrosas encrucijadas; también nos hablan de Florencia, Roma, Nápoles, Ferrara, Venecia, del Vaticano y de las mazmorras del Padre Santo; de Clemente VII y Pablo III; de los pintores, los orifi-

ces, los médicos, los charlatanes, los espadachines, las cortesanas y los sacerdotes magos; de la peste y la guerra; del amor, de todos los vicios de un siglo sin escrúpulos, de la obra de piratería que cualquier hombre de ingenio, esclavo de las concupiscencias, creíase con derecho á llevar á cabo contra sus vecinos, sus rivales, sus amigos y sus Mecenas.

Cellini, aunque dispuesto siempre á verter sangre, conservó su carácter independiente y no se envileció. El Aretino nos presenta el profundo grado de la abyección moral de Italia. Aquel escritor sin conciencia eligió el terror como instrumento de fortuna. Retirado en Venecia, último asilo de las libertades del espíritu, esgrimió la sátira y el libelo como armas, en sus manos tan formidables, que los contemporáneos, aterrados por su perversidad, le otorgaron el sobrenombre del *Divino*. Denominábase á sí mismo el *Azote de los Príncipes*. Al recibir sus sonetos y sus cartas, los artistas, cardenales, banqueros y nobles, no se atrevían,



Miguel Ángel

por temor á la difamación, á negarle un cuadro, una obra de orfebrería ó un puñado de escudos. Acuñaba moneda á fuerza de diálogos obscenos, blasonaba descaradamente de sus múltiples vicios y exponía en público los tristes escándalos de su hogar. Sus comedias, inspiradas á veces en antiguos cuentos franceses, son insolentemente licenciosas, y en sus escenas refleja, con maligna fruición, todas las vergüenzas de la Iglesia. Ésta, en cambio, le mimaba: y los eclesiásticos le citaban en sus sermones como moralista y místico, llegando un fraile hasta compararle con San Agustín, San Gregorio y San Juan. Miguel Ángel y el Ticiano le colmaban de regalos. Escribió las vidas de Jesucristo, de la Virgen y de Santa Catalina. El Tasso había de redimir en tan honda miseria á la literatura italiana, pero la *Jerusalén libertada* no pertenece á la época del Renacimiento.

MIGUEL ÁNGEL.—Miguel Ángel (1475-1564)

vivió en el período, á la vez brillante y terrible, del principado italiano. Su existencia fué suficientemente larga para ver el ocaso, en la vida pública y en la Iglesia, en las artes y en las letras, de la dignidad, de la nobleza de alma, de la pasión de la libertad y del sentimiento delicado de la belleza. Sobrevivió á toda una civilización y pudo medir la degeneración de la Península. Fué uno de los poetas más geniales de su siglo, por la elevación y austeridad de su pensamiento (1); en sus sonetos, menos amanerados que los del Petrarca, adviértese la altiva

(1) Acerca de la obra artística de Miguel Ángel, como sobre el arte italiano, véase el capítulo VII.

gravedad de Dante, que fué, con Savonarola, uno de los maestros de su genio. Las poesías que dedicó á Victoria Colonna, marquesa de Pescara, hállanse saturadas de un sutil platonismo, digno de la escuela filosófica de Florencia, cuyas últimas enseñanzas había recibido en su juventud. El amargo epigrama que compuso para las colosales figuras sin terminar, yacentes sobre las tumbas de los Médicis, fustiga, como una sentencia, al siglo de Julio III, del Aretino y de los Caraffa:

«Grato me es dormir, y más grato ser de mármol, mientras duren la miseria y la vergüenza; por favor, no me despiertes. ¡Habla bajo!»

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS.—En MURATORI, *Scriptores rerum italicarum*; JACOPODI VOLTERRA, t. XXIII, MARINO SANUTO, *Vite de Duchi di Venecia*, tomo XXII; *Annales estenses*, t. XX; *Diario ferrarese*, t. XXIV; *Chronicum venetum*, t. XXIV; *Diarium parmense*, t. XXII; *Chronicum placentinum*, tomo XVII; *Diarii Sanesi*, t. XXIII; INFESURA, t. II; ECCARD, t. III.—MATARAZZO, *Chronicum*, en el *Archivio storico italiano*, t. XVI.—MALIPIERO, *Annali veneti*, en el mencionado *Archivio*, t. VII.—PLATINA, *De vitis pontificum romanorum*, edición de Colonia, 1626.—BURCHARD, *Diarium*, edición Thuasne, París, 3 vols., 1883-1885 (en el Apéndice, documentos diplomáticos inéditos, deducidos principalmente de los archivos de Florencia, é importantísimos para la historia de Alejandro VI).—ALBERI, *Relazione degli ambasciatori veneti*, Florencia, 1839-1862.—A. DESJARDINS, *Negociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, en los *Documents inédits de l'histoire de France*, 4 vols. en 4.º, 1859-1877.—ANT. GIUSTINIAN, *Dispacci*, ed. Villari, Florencia, 1876.—MAQUIAVELO, *Legazioni, Lettere, Principe*, ed. de Milán, 1810-1811.—PARIDE DE GRASSIS, *Diarium*, (Julio II y León X), manuscrito de la Biblioteca nacional, núm. 5.164.—*Diario di papa Leone X*, Roma, 1884.—SAVONAROLA, *Prediche*, Florencia, 1889.—BAYONNE y GHERARDI, *Nuovi documenti e studi intorno a Frá Girol. Savonarola*, Florencia, 1876; nueva edición, Florencia, 1887.—PEDRO MARTYR, *Opus epistolarum*, Amsterdán, 1670.—BEMBO, *Historia veneziana*, Venecia, 1551, y *Lettere*, 1575; SADOLET, *Epistole*, 1550; nueva edición, 5 vols., Roma, 1759-1767.—MILANESI, *Il sacco di Roma, narrazioni di contemporanei*, Florencia, 1867.—RIBIER,

Lettres et memoires d'Etat... Blois, 1666.—QUIRINI, *Epistolae Pauli III*, Brescia, 1745.—BENVENUTO CELLINI, *Vita*, Florencia, 1860.

LIBROS.—*Generalidades*.—MURATORI, *Annali d'Italia*, Milán, 1744-1749, t. IX.—RAINALDUS, *Annales ecclesiastici*, Lucques, 1738-57.—GUICHARDIN, *Storia d'Italia*, ed. de Florencia, 1561. *Opere inedite*, ed. Canestrini, Florencia, 1857.—PAUL JOVE, *Historiae*, t. XX de Muratori, y *Vite virorum illustrium*, Florencia, 1549-1551, en folio.—LE POGGE, *Histor. Florentinae*, t. XX de *Scriptores*, de Muratori.—PARUTA, *Historia veneta*, Florencia, 1852.—MOLMENTI, *La storia di Venezia nella vita privata*, Turín, 1880.—VARCHI, *Storia fiorentina*, ed. Arbib, Florencia, 1844.—DE MAULDE LA CLAVIÈRE, *La diplomatie au temps de Machiavel*, París, 1892.—C. CIPOLLA, *Storia politica d'Italia* (1313-1390), Milán, 1881.—RANKE, *Römische Pöpste*, 2.ª ed., Léipzig, 1878. La primera edición ha sido traducida por Saint-Chéron. (Véase en la bibliografía del cap. X del tomo anterior la indicación acerca de la historia de los papas por L. Pastor, que sólo llega hasta el siglo XVI.)—BURCKHARDT, *Cultur der Renaissance in Italien*, Léipzig, 1869, trad. fran. de Schmidt, París, 1885.—GREGOROVIVUS, *Stadt Rom im Mittelalter*, 2.ª ed., Stuttgart, (tomos VII y VIII, 1880, 1881).—CANTÚ, *Historia de Italia*, 1855, nueva ed., Florencia, 1858; Turín, 1864; trad. fran. por Lacombe, 12 vols. en 8.º, París, 1859-1861.—MICHELET, *Renaissance*.—E. GEBHART, *Origines de la Renaissance en Italie*, París, 1879.—J. ZELLER, *Italie et Renaissance*, París, 1893.—E. MÜNTZ, *La Renaissance*, París, 1885.—Del mismo autor, *Le sentiment religieux*

en Italie pendant le XVI siècle, en la *Revue Historique* de Septiembre de 1893.—LLORENTE, *Historia de la Inquisición*, Madrid, 1817-1820; 2.ª ed., 1822; compendio francés por L. Gallois, 1823, en 8.º.—PAOLO SARPI, *Historia concilii Tridentini*, Londres, 1619; Génova, 1629; trad. fran. de Le Courayer, Londres, 1736 y 1751.—PALLAVICINI, *Storia del concilio di Trento*, Roma, 1656-1657, ed. latina, Amberes, 1670, ed. fran., Migne, 1844, 3 vols. en 8.º.—A. BASCHET, *Journal du concile de Trente*, París, 1870.—VILLARI, *Savonarola e i suoi tempi*, trad. fran. de Gruyer, París, 1874; y *Niccolo Machiavelli e i suoi tempi*, Florencia, 1881-1882, 3 vols. (documentos inéditos en el Apéndice de estas dos obras).—O. TOMMASINI, *La vita egli scritti di N. Machiavelli*, Turin, 1866.—AGUARONE, *Vita di Frá Jeronimo Savonarola*, Alejandria, 1857.—A. CAPPELLI, *Frá Girol. Savonarola*, Módena, 1869.

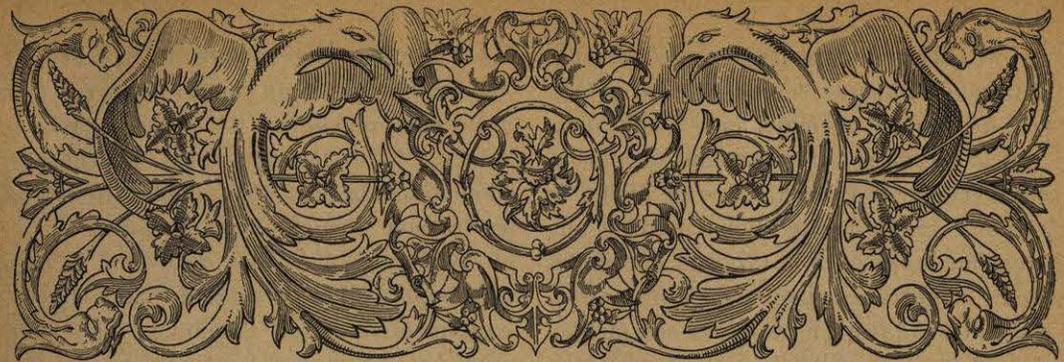
LOS PAPAS.—A. LEONETTI, *Papa Allessandro VI*, Bolonia, 1880.—ED. ALVISI, *Il duca Valentino*, Imola, 1878.—CH. YRIARTE, *César Borgia*, París, 1889, y *Autour de Borgia*, 1893.—GREGOROVIVUS, *Lucrezia Borgia*, trad. ital., Florencia, 1871; trad. fran. de P. Reynaud, París, 1876, 2 vols.—A. MAURY, *Une réhabilitation de César Borgia*, en la *Revue Historique*, Mayo, 1880.—ROSCOE, *Historia de León X*, Liverpool, 1805; trad. fran. de Henry, 1813.—FR. MITTI, *Leone X et la sua politica*, Florencia, 1892, ed. Bossi, Milán, 1810 (con un importante apéndice).—ZIEGLER, *Historia Clementis VII*, publicada por

Schelhorn en *Amœnitates historice ecclesiasticæ*, Léipzig, 1737-1746.—BECCATELLI, *Vita del cardinale Contarini*, Brescia, 1746.—BROMATO, *Storia di Paolo IV*, Rávena, 1748-1753.—G. DURUY, *Le cardinal Carlo Caraffa*, París, 1882.

MILÁN.—L. G. PELISSIER, *Les amies de Ludovic Sforza et leur rôle en 1498-1499*, París, 1892.—F. CALVI, *Bianca Maria Sforza*, imp. germanica, Milán, 1888.

VENEZIA.—A. BASCHET, *La diplomatie vénitienne*, París, 1862, é *Histoire de la Chancellerie secrète de Venise*, París, 1880.—CH. YRIARTE, *La vie d'un patricien de Venise au XVI siècle*, París, 1884.

FLORENCIA.—F. T. PERRENS, *Hist. de Florence*, París, 1877 y siguientes, y *La civilisation florentine du XIII au XVI siècle*, París, 1893.—ROSCOE, *Vida de Lorenzo el Magnífico*, Londres, 1796; ed. fran. de Thurot, 1798; ed. ital. de Marchesini, Pisa, 1816.—A. VERDI, *Lorenzo de Medici, duca d'Urbino*, Este 1888.—P. C. FALLETTI, *Assedio di Firenze*, Palermo, 1885.—A. V. REUMONT, *Geschichte Toscaniens seit dem Ende des florent. Freistaats*, Gotha, 1876, y *Lorenzo de Medici il Magnifico*, Leipzig, 1874.—E. BENOIT, *Guichardin, historien et homme d'Etat*, Marsella, 1860.—G. THOMAS, *Les révolutions politiques de Florence*, (1177-1530), París, 1887.—CH. YRIARTE, *Florence*, 1881.



CAPÍTULO II

LAS GUERRAS DE ITALIA

PRIMERA PARTE

CARLOS VIII Y LUIS XII

(1495-1515)

I.—La expedición de Carlos VIII

LA INTRIGA ITALIANA.—La primera guerra de Italia, la expedición de Carlos VIII, parecería una novela de la Tabla Redonda si no se mezclara con ella el realismo de la política italiana, la menos romántica del mundo. El rey Carlos no heredó el espíritu práctico, el rigor ni la astucia de Luis XI. Muy joven y poco instruido, rodeado, según la frase de Commynes, de hombres «sin prestigio», como Esteban de Vers y Vrisonnet, que «no tenían experiencia de nada», se dejó embriagar desde 1492 con «el humo y la gloria de Italia». Las circunstancias aconsejaban entonces imperiosamente una orientación muy distinta de la política francesa hacia los Países Bajos, Alemania, Inglaterra y España. Cara le costó al rey su libertad de acción: por parte de Inglaterra (tratado de Etaples, 3 de Noviembre de 1492), una considerable cantidad de dinero; por la de España (tratado de Narbona, 19 de Enero de 1493), la retrocesión del Rosellón y la

Cerdeña; por la de Alemania (tratado de Senlis, 23 de Mayo de 1493), la cesión de Artois, Charolais y el Franco Condado á Maximiliano. Ya no oyó más voces que aquellas que le llamaban allende los Alpes. En Abril de 1492 había muerto Lorenzo el Magnífico, el jefe de Estado que durante tanto tiempo aconsejó á Italia que no solicitase la intervención extranjera, logrando mantener en un equilibrio inestable los odios y ambiciones de los príncipes italianos. Italia parecía lanzarse de buen grado á una aventura extraordinaria.

El primer instigador fué Ludovico el Moro, regente de Milán, que se aprestaba á usurpar la tiranía á su sobrino Juan Galeas Sforza, emparentado por su matrimonio con la casa de Aragón; de Nápoles. Ludovico ambicionaba la hegemonía de la Península, sueño de todos los tiranos de Italia y de Venecia. Mandó al rey de Francia una embajada que, asesorada por los varones napolitanos proscritos por el rey Fernando y refugiados en Francia, convenció á Car-